

La explicación es sencilla. Pululan por todas partes falsos pobres, mendigos de ocasión y vividores avisados, siempre en acecho para traspapelar la limosna destinada al verdadero pobre; sus mañas y floreos sorprenden á las gentes, y los *censores* acogen y desarrollan sus falaces quejas, como si se tratara de una gran desgracia é impiedad. Así, hay quien gozando de buena posición y acostumbrado á obtener por *amore Dei* multitud de servicios, incluso el de médico, pone el grito en el cielo la primera vez que álguien se atreve á presentarle una cuenta. Y es causa de que salgan á debate, temas en que nadie hubiera pensado de otro modo, facilitando por extensión gradual—por continuidad de tejido, diríamos los médicos—que se propaguen á capas sociales algo elevadas, beneficios que sólo al poder incumbe disfrutar.

El primer asunto que aparece, en este orden de ideas, es instituir la obligación moral del médico á la asistencia de cualquier enfermo que solicite sus cuidados.

¿Por qué los pobres no han de servirse de las eminencias científicas para alivio de sus afecciones? Fuera caritativo que los profesores célebres acudiesen solícitos en auxilio del paciente, aunque no hubiera de satisfacerles tan crecidos honorarios; hoy, el que pretende aprovechar los servicios del médico afamado, y no es rico, se halla en la precisión de pasar al hospital.

Este es el argumento; aquí la hilaza se descubre fácilmente. Desean que personas de mediana posición, y aún más, tengan á su alcance la mayor habilidad, la práctica más selecta de médicos de primera fila; es una especie de *bon marché* que pretenden crear, siguiendo la corriente establecida que impulsa á todos hacia el logro de ventajas materiales, de comodidades y lujos, superiores á su situación económica, envidiando al que más rico, puede darse mejor trato y defender su vida con más probabilidad de éxito. Con decir que semejante pretensión tiende á separar de los asilos benéficos al profesor de talla, para dar preferencia á los que viven con cierta comodidad, está dicho todo.

No tienen en cuenta que el trabajo del hombre ha de limitarse, que las circunstancias individuales obligan á metodizar la actividad en determinado círculo, que la práctica médica, difiere según las casos de lugar y enfermo, y otra porción de consideraciones de índole profesional por el estilo.

La especie arguye completo desconocimiento del modo de ser de nuestra carrera; el facultativo que adoptase como norma acudir desinteresadamente á todo llamamiento, recogiendo después sin discusión el estipendio que voluntariamente quisieran concederle, y es tipo en que pretenden solemnizar al sacerdote de la Medicina, quizás llegara á morir de hambre, si no vivía de limosnas. Es imposible que exista, ni haya existido hombre en semejantes condiciones.

Pero, aún desean más, los que exigen que sea un sacerdocio